

## **Resumen de Historia de Venezuela**

**Rafael María Baralt**

**(Fragmento)**

(...)

Tal era la situación digámoslo así, moral de La Torre: expliquemos ahora su posición militar. La encrucijada de los caminos reales del Pao y de San Carlos, cae aproximadamente en la mitad de la llanura de Carabobo, vasta y despejada planicie que corre al occidente del río Paíto y casi al sur de Valencia. Una tropa que desde Tinaquillo quiera entrar a ella como Bolívar lo intentaba, debe después de pasado el Chirgua penetrar por el desfiladero de Buenavista que cae al nordeste; posición esta formidable, en que pocos soldados pueden fácilmente detener un ejército. Dado que venza aquel inconveniente y los que en mucho trecho de camino fragoso le oponga aun el enemigo, debe vencer el paso de una abra estrecha, menos difícil es verdad, pero también defensible, que se forma entre cerros y da entrada por el ocaso a Carabobo: allí empieza la llanura. La Torre había situado en el abra algunas piezas de artillería, y de uno y otro lado en los cerros que la dominan, guerrillas numerosas. En lo llano al salir del abra, estaba desplegada en batalla una línea de infantería cuya derecha se apoyaba en un matorral poco espeso: a esta línea seguía otra también de infantería: entre flanco y flanco de ambas, dos fuertes cuerpos de caballería. En esta situación la segunda línea de batalla tenía a la izquierda el camino del Pao, y el cuerpo de jinetes del mismo flanco se hallaba colocado a la falda de un cerro por donde pasa dicha ruta: en la cresta del cerro se hallaba un batallón.

La Torre extendió sus partidas de observación hasta el Tinaquillo, y esto le daba la ventaja de saber muy anticipadamente las operaciones de los patriotas; cosa que Bolívar deseaba ocultar para no darle tiempo de incorporar a sus filas otros cuerpos. El teniente coronel Laurencio Silva fue destinado el 15 a ahuyentar con aquel objeto la descubierta enemiga, y lo hizo con tal felicidad, que solo un soldado de los que la componían pudo escapar: el comandante de ella y cuatro hombres más murieron en el acto, y los otros sobrecogidos quedaron prisioneros. Dos faltas cometieron los realistas después de este suceso, una la de mandar retirar el destacamento que cubría a Buenavista, dejando a Bolívar franco el paso de aquella garganta inaccesible: otra la de insistir en la marcha de Tello a pesar del movimiento progresivo del contrario.

El Libertador ocupó el desfiladero (día 24) y desde allí observé la posición de los españoles. Fuerte era esta todavía, pero hallándose a la cabeza de 6000 hombres que sin exageración podían llamarse los mejores soldados de América, aceptó gustoso y confiado la batalla. La primera división de su ejército se componía del batallón Británico, del de Apure y de 1500 jinetes; mandábala Páez. La segunda era regida por el general Cedeño y contaba el batallón Tiradores, que había ido de Maracaibo, el de Boyacá, el de Vargas, y además un escuadrón que decían Sagrado a las órdenes de Aramendi. El coronel Ambrosio Plaza mandaba la 3<sup>a</sup> que se componía de los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor en Boyacá, Anzoátegui, y el regimiento de caballería del coronel Rondón. Uno de estos cuerpos, (el de Rifles al mando del bizarro teniente coronel inglés Sandes), había hecho la campaña de Cartagena y Santa Marta: Montilla había aumentado su fuerza hasta 1200 veteranos y de orden del Libertador lo envió a Venezuela por la vía de Maracaibo. Ahora entraba a nuevas lides después de haber hecho prodigios de valor a una gran distancia de su patria.

El camino estrecho que seguía Bolívar no permitía más frente que el necesario para desfilar, y el enemigo no solamente defendía la salida a la llanura, sino que dominaba el abra con la artillería y gran número de infantes. La posición era intomable. Pero coligiendo de la colocación del ejército español que este no temía el ataque sino por el camino principal de San Carlos o por el del Pao, dispuso por el general Páez se intrincase con suma dificultad y riesgo por una vereda muy poco frecuentada, que iba a salir sobre la derecha de los realistas. Esta vereda arranca del camino real de San Carlos al oeste del abra, siguiendo por la cima de un montecillo que la artillería española dominaba, y da a una quebrada cuyo pasaje debía hacerse desfilando, por ser la barranca hartamente fragosa. El enemigo que no contaba con aquella atrevida operación, y por consiguiente nada había hecho para embarazarla o precaverle, debió cambiar el plan de su defensa y hacer esta con la desventaja que trae consigo una sorpresa. Más por otro lado el movimiento era difícil, la senda estrecha, agria la tierra; por donde con solo colocar algunos cuerpos en la salida del atajo podía impedirse, obrando activamente, que Páez desembocase a la llanura.

De hecho algunos batallones suyos llegaron a la quebrada a tiempo que el de Apure empezaba a pasarla, y allí se rompió el fuego de infantería, vigorosamente sostenido por ambas partes. El cuerpo republicano al fin logró pasar, pero no pudiendo

resistir solo la carga que le dieron, se arremolinaba ya y cedía cuando llegaron en su auxilio los ingleses al mando del coronel Juan Ferrier. El enemigo había empeñado en el ataque cuatro de sus mejores batallones contra uno solo del ejército libertador; sucesivamente podía haberlos contenido y arrollado a todos. Mas aquellos valerosos extranjeros desfilaron y se formaron en batalla bajo un fuego horroroso con una serenidad que no parecía de criaturas racionales: después hincaron la rodilla en tierra y no hubo medio de hacerles dar un paso atrás. Muchos allí gloriosamente perecieron y casi todos sus oficiales quedaron heridos; pero el servicio que prestaron no fue por eso menos grande. Su heroica firmeza dio tiempo al batallón Apure para rehacerse y volver a la carga, y también para que el fogoso Heras condujese al lugar de la pelea dos compañías del de Tiradores. El enemigo cedió al ataque simultáneo que a la bayoneta le dieron estos cuerpos; mas aunque perdía terreno, no dejaba de hacer fuego en buen orden, replegándose hacia el grueso de sus fuerzas y buscando el apoyo de su caballería. A todo esto el primer escuadrón de la de Páez al mando del coronel Cornelio Muñoz y los jefes y oficiales de la plana mayor de este general habían pasado la difícil quebrada, y reuniéndose a Tiradores, Apure y la legión británica. Desalojados, empero, de sus primeros puestos los realistas, por el esfuerzo de toda aquella tropa, se rehicieron en parte, y llamando en su auxilio la caballería de su flanco derecho que estaba a la mano, intentaron dar una carga de firme a los patriotas, a tiempo que los jinetes de estos perseguían con un ardor sorprendente a los infantes enemigos que habían huido. El momento era propicio para que los antiguos soldados de Boves, conducidos por su teniente Morales, hubiesen socorrido la bizarra infantería española y ayudándole a recuperar lo perdido; mas todos ellos, cobardes no, traidores, huyeron vergonzosamente al solo embate de 80 a 100 jinetes que a la ligera pudieron reunir los republicanos para hacer rostro al peligro en aquel momento decisivo. La batalla estaba ganada, pues el enemigo ya no pensó sino en salvarse. La caballería de Morales en su fuga tiró por el camino del Pao y arrastró consigo los otros cuerpos de la misma arma que cubrían el flanco izquierdo de las líneas españolas: la republicana que sucesivamente iba recibiendo refuerzos de todos los escuadrones que pasaban la quebrada, hizo la persecución con un vigor extraordinario. Batallones enteros se tomaron prisioneros: otros arrojando sus armas se dispersaron disueltos en los bosques. Solo el 1° de Valencey que estaba a retaguardia cubriendo el camino principal de San Carlos a Valencia, y que no había entrado en combate, se retiró en buena formación por aquella vía al mando del bizarro coronel español Don Tomas García: un cuerpo de caballería de

los de Morales lo acompañaba, pero huyó luego como habían hecho los otros, dejándolo desamparado. A pesar de este Valencey continuó su repliegue en columna cerrada hacia Valencia, rechazando con admirable impavidez las terribles cargas de los jinetes republicanos conducidos por sus mejores jefes. Una o dos veces llegó a perder su formación, pero acto continuo se rehizo, y después de una marcha de seis leguas, estaba ya a las inmediaciones de Valencia cuando fue alcanzado por los batallones Rifles y Granaderos de los Guardia, puestos a caballo por orden del Libertador. A nuevo y más temible ataque se vio entonces expuesto Valencey; pero resistiólo con buena suerte y a las diez de la noche llegó con la mayor parte de su fuerza (obra de 900 hombres) al pie de la cordillera de Puerto- Cabello, en donde permaneció con La Torre y su plana mayor reuniendo dispersos hasta el amanecer. Esta tropa y las columnas de Tello y de Lorenzo que también se retiraron a Puerto Cabello, fue lo único que quedó de aquel famoso ejército expedicionario, tan valiente, tan brillante, tan temido. La pérdida de los patriotas no fue, según la expresión de Bolívar, sino dolorosa: apenas doscientos muertos y heridos. Y dijo bien, porque entre los primeros estaba el general Cedeño, que intentando romper la columna de Valencey, «murió en medio de ella del modo heroico, como merecía terminar su noble carrera el bravo de los bravos de Colombia. La republica añadía, ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz o en guerra: ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al gobierno».

Esto escribió Bolívar de aquel constante y fiel amigo suyo; y hablando de Plaza, que quedó postrado en el acto de lanzarse sobre un batallón enemigo con el objeto de rendirlo, manifestó al congreso «que le juzgaba acreedor a las lágrimas de Colombia y a los honores de un heroísmo eminente». Allí murió también Mellao, uno de los héroes de las Queseras del Medio, a quien vimos no hace mucho tan bizarro en Carache.

La victoria de Carabobo obtenida con solo una parte muy pequeña del ejército colombiano, fue completa y brillante: ella coronó al cabo de once años la empresa que Caracas empezó el 19 de abril de 1810: fue gloriosa para las armas de la republica y su jefe, de gran prez y honor para Páez y de inmortal renombre y fama para la legión británica que contribuyó poderosamente a ella, haciendo prodigios de valor. El congreso, reunido ya en el Rosario de Cúcuta, decretó a Bolívar y al ejército los honores del triunfo y ordenó que el retrato del hijo ilustre de Caracas fuese colocado en los salones de las cámaras legislativas con esta inscripción: *Simón Bolívar, Libertador de*

*Colombia.* En todos los pueblos de la república y en las divisiones de sus ejércitos se dedicaría un día del año a regocijos públicos en honor de la victoria de Carabobo. A Páez se le concedía el empleo de general en jefe que «por su extraordinario valor y sus virtudes militares, le había ofrecido el Libertador a nombre del congreso, en el mismo campo de batalla». Y finalmente, entre otras cosas se ordenó levantar una columna ática en la llanura de Carabobo para recordar a la posteridad la gloria de aquel día y los nombres de Bolívar, de Cedeño y de Plaza. De paso diremos que la tal columna ática tuvo la misma suerte que otros monumentos mandados erigir en honor del Libertador o para perpetuar la memoria de otras épocas más o menos importantes. Las atenciones de la guerra, las tempestades civiles que a ésta se siguieron, un fondo grande de levedad y de indolencia en el carácter nacional y mucha dosis de ingratitud, hizo que pasados los primeros instantes de alborozo, se olvidaron los triunfos, los triunfadores y los monumentos. Acaso nuestros hijos, más felices y virtuosos, satisfarán la deuda de la patria, honrando las cenizas y la memoria de sus héroes.

(...)